

EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO

SUMARIO DEL NÚM. 87

ENSAYO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL, por L. A. Prévost-Paradol, miembro de la Academia Francesa, traducido, adicionado y continuado hasta nuestros días por L. D. Desteffanis, (continuación) — EL PASO DEL MOLINO, á la hora del crepúsculo, por Eduardo. — «EL CLUB UNIVERSITARIO» y «EL DEMOCRATA», por un colaborador — NOTICIA BIOGRÁFICA Y EXÁMEN DE LAS POESÍAS DEL PRESBITERO D. JUAN ABOLAS, por Italael de Carbajal, (concluirá).

ENSAYO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL

POR

L. A. PRÉVOST-PARADOL

Miembro de la Academia Francesa

TRADUCIDO, ADICIONADO Y CONTINUADO HASTA NUESTROS DÍAS
POR LUIS D. DESTEFFANIS

(Continuación)

IV

Egipto

El Egipto habia conservado el gusto de las grandes empresas y de las construcciones gigantescas. Neco, hijo de Psamitico, habia querido hacer comunicar el Nilo y el Mar Rojo mediante un canal, que no fué concluido y habia costado la vida á cien mil obreros; (8) fué en fin por los doce gefes que gobernaron el Egipto antes de Psamitico que fué construido el célebre laberinto del que Herodoto nos ha dejado una admirable descripcion, que nos parece mas propia que ninguna otra pintura para dar una justa idea de la singular grandeza de la arquitectura egipcia : (9) « He visto ese monumento, dice Herodoto, y lo hallé superior á su reputacion ; llego hasta á creer que

reuniendo todos los edificios construidos por los Griegos, se quedaria aun abajo de ese edificio tanto por el trabajo como por el gasto, aunque el templo de Efeso y el de Samos sean justamente célebres. Las pirámides eran ciertamente entonces monumentos que sobrepujaban su nombradía ; cada una de ellas podria ser comparada á lo que los Griegos han producido de mas grande (10), y sin embargo el laberinto les es superior. Véense en él en el interior doce patios cubiertos por un techo y cuyas puertas están alternativamente opuestas unas á otras. Seis de esos patios dan vuelta al norte y seis al mediodia ; están contiguos y situados en un recinto cerrado por una pared externa. Los cuartos que encierran los edificios del laberinto son todos dobles, los unos abovedados y subterráneos, y los otros elevados sobre los primeros ; son en número de tres mil, mil quinientos por cada piso. Hemos recorrido los que están arriba del suelo, y hablamos de ellos por lo que hemos visto ; pero respecto á los que están debajo, no sabemos sino lo que se nos ha dicho, puesto que los guardianes, por nada del mundo consintieron en enseñárnoslos. Encierran, dicen, los sepulcros de los reyes que han hecho edificar antiguamente el laberinto y los de los cocodrilos sagrados ; por eso no podemos referir sobre esos cuartos sino lo que hemos oido decir. Respecto á las del piso superior, no hemos visto nada de mas grandioso entre las obras salidas de la mano de los hombres ; la variedad infinita de las comunicaciones y de las galerias entrando unas en otras, que se atraviesa para llegar á los patios, ocasionan mil sorpresas á los que recorren esos lugares, pasando ya por uno de los patios en los cuartos que los rodean, ya de estos cuartos en los pórticos, ó de estos pórticos á otro patio. Los cielo-rasos son por doquiera de mármol lo mismo que las paredes, y estas están cargadas de una multitud de figuras esculpidas en hneco ; cada patio está ornado de un peristilo casi siempre en mármol blanco. » La admiracion de Herodoto no ha podido ser exitada hasta tal punto sino por un espectáculo imponente. El que ha visto y descrito tantas maravillas dispersas por el mundo antiguo, no ha debido dejarse arrancar fácilmente un testimonio semejante : « Yo no he visto nada de mas grandioso entre las obras salidas de mano de los hombres. »

Los griegos respetaron siempre en el Egipto no solamente la gran-

deza de los monumentos, sinó tambien la misteriosa antigüedad de su civilizacion. Herodoto dice que la Grecia recibió del Egipto varias instituciones, un gran número de ritos y algunos de sus dioses. Esa patria de las artes y de la religion pareció siempre á la Grecia una fuente de luces. Esta mandó allí á instruirse, en la escuela de los sacerdotes, á sus sábios y á sus legisladores; y la atribuyó los antiguos preceptos de sabiduría cuyo origen no podia hallar en sí misma, porque se transmiten con las edades y forman el fondo comun de la humanidad. Esa casta sacerdotal, en la que una ciencia perfecta tenia visos de estar unida con una autoridad soberana, pareció acercarse cada vez mas de los dioses á medida que el transcurso de los tiempos la iba alejando mayormente; la filosofia Griega reivindicó como antepasados suyos á los mismos que habian reconocido como maestros á los sábios de Meroe, y es del seno de la ciencia egipcia que se elevó el profeta de los Hebreos. (11)

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) El istmo de Suez ha sido cortado, y el 20 de Noviembre de 1869 se inauguró solemnemente la abertura del canal de Suez á la navegacion; la iniciativa y la direccion de esa obra gigantesca cuya realizacion exigió 15 años de trabajo, pertenece á Fernando de Lesseps.

(2) Sobre la religion de los Egipcios véase la leccion XI.—Solo añadiremos aquí que el eminente egipcólogo Vizconde de Rougé vé simbolizado en *Amon* al principio, al Dios abstracto, inmaterial, increado; pero luego, materializada la religion, *Amon* se vuelve *Amonra* (Amon-Sol) y simboliza el culto del Sol.—Muy elevada, por lo demas, parece haber sido la parte filosófica de la religion egipcia; en el *Ritual funerario* hállase esta fórmula de confesion de un difunto ante el tribunal de Serapis:

« Yo no he cometido faltas. No he blasfemado, ni engañado, ni robado, ni dividido á los hombres con astucias, ni tratado á nadie con crueldad; no he escitado ningun tumulto, ni he sido perezoso, ni he sido aficionado á la bebida. No he mandado nada injustamente, ni he tenido una curiosidad inquieta, ni he sido charlatan, ni he herido á nadie, ni he murmurado del prójimo, ni mi corazon ha sido presa de la envidia, ni he hablado mal de mi rey, ni de mi padre, ni he intentado falsas acusaciones. . . . Yo no he apartado la leche de la boca del niño, ni he hecho daño á mi esclavo abusando de mi superioridad sobre él. . . . He ofrecido á Dios los tributos que le eran debidos, he dado de comer al que tenia hambre, de beber al que tenia sed y ropa al que andaba desnudo. » (*Historia antigua* por J. J. Guillemin, traducida por D. Mariano Urrabieta—Paris, Hachette,

1869—capítulo IV, pág. 117.)—La cita que acabamos de hacer basta para justificar la opinion de los que sostienen que la pretendida *revelacion divina* de Moisés debe buscarse en los libros sagrados de los Egipcios. Recomendamos encarecidamente á nuestros jóvenes lectores la lectura de la bella leccion del señor Máspero sobre la literatura religiosa de los antiguos egipcios inserta en el número 20, año 2.º (16 Noviembre 1872) de *La Revue politique et littéraire* (Paris, Germer Bailliére.)

(3) Créese muy probable que varias tribus indianas emigraron á Egipto con motivo de las invasiones de los Arias en la India. El señor Luis Jacolliot ha pretendido patentizar en su obra (*La Bible dans l'Inde*) la influencia directa de la India sobre las instituciones de los demas pueblos del Oriente, Grecia y Roma. He aquí algo de lo que dice en el capítulo 11 de la parte I: « Un hombre dió á la India leyes políticas y religiosas, y se llama *Mamí*.—El legislador egipcio recibe el nombre de *Manés*.—Un cretense pasa á Egipto para estudiar las instituciones con que quiere dotar á su pais, y la historia conserva su recuerdo bajo el nombre de *Minos*. En fin, el libertador de la casta esclavizada de los Hebreos funda una sociedad nueva y se llama *Mosés*.—Mamí, Manés, Minos, Mosés, estos cuatro nombres dominan enteramente al mundo antiguo; aparecen en la cuna de cuatro pueblos distintos, representando el mismo papel, rodeados de la misma aureola misteriosa, los cuatro legisladores y sumos sacerdotes, los cuatro fundando sociedades sacerdotales y teocráticas.—Que hayan procedido unos de otros, que Mamí haya sido su precursor, eso no puede causar la menor sombra de duda á presencia de la similitud de los nombres y de la identidad de las instituciones que han creado.—En Sanscrito *Mamí* significa el hombre por escelencia, el legislador.—¿Manés, Minos y Mosés no derivan de la misma raiz sanscrita? »

(4) « *Manethon*, sacerdote de la ciudad de Sebennyta en el Delta, escribió en griego bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo, una historia de Egipto segun los archivos oficiales conservados en los templos. Como tantos otros libros de la antigüedad, esa historia ha desaparecido; nosotros no poseemos hoy de ella mas que un reducido número de fragmentos y la lista de todos los reyes que *Manethon* había puesto al fin de su obra, lista afortunadamente conservada en los escritos de algunos cronógrafos de la época cristiana. Dicha lista divide en dinastías ó familias reales todos los soberanos que han reinado sucesivamente en Egipto hasta Alejandro. *Manethon* hace conocer el nombre de los reyes de la mayor parte de las dinastías, la duracion de su reinado y la de la dinastía. Respecto á otras (las menos numerosas) se contenta con breves indicaciones sobre el origen de la familia real, el número de sus reyes y las fechas de los años durante los cuales reinó esa familia.

« Nosotros no podríamos dar aquí esas listas completas en las que los nombres de los reyes han sido por otra parte alterados por los copistas griegos, absolutamente ignorantes de la lengua egipcia, y no pueden restablecerse sino por el estudio de los monumentos directamente egipcios. Pero reasumiremos á lo menos los puntos principales en el siguiente cuadro:

Dinastias	Cuna ó sede	Nombres modernos	Duración	Años antes de J. C.
I	Thinis	Harabat-el-Madfuneh...	253 años	5004
II	—	—	302 »	4751
III	Memfis.....	Myt-Rahyneh.....	214 »	4449
IV	—	—	284 »	4235
V	—	—	248 »	3951
VI	Elefantina	Gezyret-Asuan.....	203 »	3703
VII	Memfis.....	Myt-Rahyneh.....	70 días	3500
VIII	—	—	142 años	3500
IX	Heracleópolis.	Ahnas-el-Medineh	109 »	3358
X	—	—	185 »	3249
XI	Tebas.....	Medynet-Abu.....	243 »	3064
XII	—	—	—	—
XIII	—	—	453 »	2851
XIV	Xois.....	Sakha.....	184 »	2398
XV	Pastores.....	San.....	—	—
XVI	—	—	511 »	2214
XVII	—	—	—	—
XVIII	Tebas.....	Medynet-Abu.....	244 »	1703
XIX	—	—	174 »	1462
XX	—	—	478 »	1288
XXI	Tanis.....	San.....	130 »	1110
XXII	Rubastis.....	Tell-Basta.....	170 »	980
XXIII	Tanis.....	San.....	89 »	810
XXIV	Sais.....	Sa-el-Hagar.....	6 »	721
XXV	Etiopes.....	—	50 »	715
XXVI	Sais.....	Sa-el-Hagar.....	138 »	665
XXVII	Persas.....	—	121 »	527
XXVIII	Sais.....	Sa-el-Hagar.....	7 »	406
XXIX	Mendes.....	Aschmun-er-Ruman....	21 »	399
XXX	Sebennytus...	Samianhud.....	38 »	378
XXXI	Persas.....	—	8 »	340

(F. LENORMANT, *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, libro III, cap. I, § 2. Escusamos advertir que los críticos modernos, entre ellos Mariette, cuyos trabajos tanto contribuyeron á la *resurrección* del Egipto antiguo, — iniciada por Champollion, Belzoni y Rosellini — rechazan en su mayor parte la cronología de Manethon.

(5) Véase capítulo VII, párrafo I de la lección XVI de los *Prolegómenos*.

(6) La leyenda atribuida á Ramses II (otros dicen el III) Meriamun (el amado por Amon) las grandes conquistas realizadas por Tutmes III y Seti I, los dos grandes conquistadores egipcios, pues fueron ellos quienes conquistaron la Siria, la Mesopotamia, la Media, la Persia, el Asia menor y la Etiopía. En cuanto á la India, que también se dice conquistada por él, no lo fué por ningún monarca egipcio. La crítica moderna limita el rol de Ramses-Meriamun, como guerrero al de defensor de la integridad del imperio. La mayor parte de los monumentos egipcios subsistentes han sido construidos ó restaurados por él, hallándose casi en todos grabado su nombre.

En cuanto á la influencia ejercida por las conquistas de los Faraones del Egip-

to, hé aquí lo que dice el vizconde de Rougé (citado por Guillemin, lec. pág. 97)

« Estas expediciones al Asia, que fueron tan frecuentes, habian establecido íntimas relaciones entre las naciones asiáticas y los egipcios. Los príncipes de Asia formaron liga con los Faraones y Rhamses.—Sesostris se casó con la hija del príncipe de los Chetas. Ahora bien, este contacto influyó necesariamente en las artes, la religion y las costumbres de entrambas comarcas. Los asiáticos pasaban á Egipto, ya por razones de comercio, ya para consultar á los médicos egipcios, cuya ciencia se celebraba entónces, y que probablemente eran los magos que lucharon con Moisés. En un monumento hallado en Tebas vemos á un príncipe de Mesopotamia que envia á buscar solemnemente á un dios tebano para que acuda en auxilio de su hija, poseida de un espíritu inmundo. Varias de las divinidades asiáticas fueron admitidas en el Panteon asiático (*sic*;—debe ser egipcio) á consecuencia de estas alianzas, y la Venus de las orillas del Éufrates tuvo en Tebas un templo y sacerdotes que la invocaban con los nombres de Atesch y Anatha. A mayor abundamiento, tambien se han encontrado en Khorsabad muchos monumentos en los que se observa la imitacion del estilo egipcio en los asuntos, trajes y ornatos que popularizaron los artistas de Menfis. La dominacion de mas de cinco siglos que ejerció Egipto en el Asia central es un hecho histórico importantísimo, del que derivan una porcion de relaciones entre los pueblos egipcio, asirio y fenicio. »

En cuanto al nombre de *Sesostris* con que los historiadores griegos dieron á conocer á su patria la persona de Ramses II ó III que sea, Lenormant lo cree contrario de las palabras *Sestesu-Ra* ó *Sesu-Ra*.

(7) Parece ahora que esté próximo el momento en que el Egipto regenerado por la enérgica iniciativa de sus últimos vireyes y la inmigracion europea que acude á sus playas hospitalarias, pueda recuperar totalmente su independendencia.

(8) Por orden de Neco una flota, compuesta en su mayor parte de fenicios dió la vuelta al Africa, saliendo del golfo arábigo y regresando por el estrecho de las columnas de Hércules. Es el primer viaje de circunavegacion recordado por los antiguos. — El padre de Neco, Psamético sitió durante 29 años la ciudad hebrea de Azot; cuyo sitio es el mas largo que menciona la historia.

(9) Otros historiadores anticipan la construccion del Laberinto, atribuyéndola á Amenense III (duodécima dinastía.)

(10) Véase el párrafo citado en la nota 5.

(11) Véanse el apéndice III del presente libro, las lecciones XI y XVI de los prolegómenos, y los autores citados, sobre todo el excelente *Manual* del señor Lenormant, libro merecidamente *clásico* y donde se indican con profusion al lector las obras que puede consultar para profundizar la materia.

El Paso del Molino

(A LA HORA DEL CREPÚSCULO)

I

La tarde convidaba á un regocijo de estío: faeton arrastraba su volcánico carro á las olas, y las nubes de occidente, láminas caprichosas de fulgurante oro, mantas de púrpura que parecían envolver en su descenso al astro-rey, hacían agonizar sus preciosos matices de una manera espléndida. En lento vuelo el espacio cruzaba la blanca gaviota, lanzando su última queja al dirigirse á las playas solitarias, y la brisa corría á buscar las fuentes refrescantes al seno misterioso de los bosques.

El tren-way volaba por la Agraciada, conduciéndome con mas una treintena de *voyaguers* al Paso del Molino; la fusta hería los aires, la espuma bañaba el cuerpo de los potros, un polvillo dorado subía del empedrado en coquetas evoluciones hasta el interior de los coches, las bellas cubrían el rostro con pantallas y algunos solterones con *abanicos*: á ambos flancos de la via, coches, carrozas, ómnibus, tilburys y tartanas avanzaban simultáneamente sin consideracion á ginetes y transeuntes. Aquello era una confusion inimitable.

El carro antiguo no tenia mas cochero que al paseante: Rómulo empuñaba las bridas. — Hoy el amo es el faeton, y los lacayos los paseantes, encaramados en la testera con sus galones y sombreros elásticos, como un par de *curiosidades* que se exhiben á corre que te cojo. Así se llama la atencion, y el lacayo no se arruga sus guantes de punto.

Pero hé aquí que estamos próximos á las quintas.

; Enrosca el freno, guarda-tren !

Estamos ya en *tierra firme*, pues que hemos bañado tres amigos de la *cabaña rodante* de que hablaba Chactas.

Bello espectáculo! gracioso panorama! risueña perspectiva! Estoy creyendo que voy á gozar. Brillan los veinte años en mi frente y mi corazon bulle como las marinas espumas.

Las flores tienen ya sus compañeras. Mujeres románticas atravesaban los vergeles recogiendo aromas de poesía; en plácidos desmayos oscilaba la moribunda luz y al través de las hojas mil chispas titilaban

millaradas de topacios suspendidos como coronas del crepúsculo sobre las sienas de Flora: la rosa, la reina de los jardines, como la llamaba Byron, ¡ay, empezaba ya á estar marchita y triste! y las corolas de nieve del jazmin destilaban ambrosía embriagadora levantada tenuemente en alas del suspiro crepuscular, suspiro sublime de la creacion próximo á reposar al regazo de la noche. El murmurio de las fuentes moria en el rumor de los jardines, el concierto casi indistinto de las aves desaparecia en el ruido de la carretera convertida en Babilonia.

Apoyaba yo el rostro en una reja y contemplaba el interior de uno de esos alcázares construidos para el placer, simétricos y encantadores como en un cuento de Hadas. Miraba una muger que me volvia la espalda, y cuyo talle flexible envidiaria la palmera. — ¡Vuelve el rostro Sultana, decia yo quedito; muestra tus facciones pálidas y tus ojos negros! — ¡Ay! que ella volvió su carita color de rosa, fresca como quince abril, pero ostentaba *dos enormes espejuelos!* — El *romanticismo* invade al bello sexo, la industria alcanza ya al rostro, las ilusiones, la óptica amorosa no es ya color de rosa sino del color de los espejuelos!

¡Preciosa metamórfosis para ocultar en un semblante bonito, dos ojos de gato que lo perjudican!

Alejéme de aquella reja, y abandonando á mis amigos algo *materialistas*, empecé á andar solo, entregado á la contemplacion del cuadro-vivo. ¡Cuánta variedad! cuánta profusion! ¡cuánto brillo! cuántas miradas! ¡cuántas sonrisas graciosas! ¡cuántas bellezas deslumbradoras!

¡Y son estas hermosas, decíame yo, — las que segun mis anteriores observaciones, solo hablan de Rocamble y de la Revista de Modas? No hay duda, son las mismas con el barniz de la suprema elegancia. En aquel carruage de caballos tordos ricamente enjaezados con un lacayo negro en la testera, que viene arremetiendo los vientos para *adelantarse* á los demas, vienen dos damas bellísimas y seductoras, cuajadas de destellos é impregnadas de aristocráticos perfumes consiguientemente. A retaguardia dos dandys, diestramente manejando un ligero landó, se apresuran impacientes como para constituirse en *guardia de honor* de las predichas beldades; y algun manso gi-

nete es el *pavo de la boda* en medio al torbellino producido por el *amor propio*. Por la vía los trenes pasan de carrera y á los flancos se deslizan fugaces como meteoros las carrozas privilegiadas arrastrando tal vez en vestidos y en alhajas, las *rentas* de seis meses ó de un año. Hé aquí una *fortuna* que va paseando alegremente de las *arcas* al Paso del Molino.

Supongamos una lluvia de verano sobre el polvo recogido en los terciopelos, blondas ó guipurs, de improviso y sin tiempo á guarecerse bajando la capota, y tendréis mil duros perdidos en cinco minutos y una baja tremenda de fondos en las *arcas* del padre ó del esposo. Porqué ¿como saldrán otra vez esas damas con un traje de paseo manchado? Eso es imposible. La modista proveerá de nuevo.

Pero sigamos avanzando hácia al Paso. Este puentecito se llama *Quita-calzones*, y en otro tiempo, *Giovani Mastai*, hoy Pío IX, siendo simple clérigo adjunto á una misión apostólica á Chile, y paseando de tránsito por estos sitios, cayó lindamente al arroyuelo y casi se ahoga por no haberse *quitado los calzones*.

Al presente no ofrece peligro, y aquel incidente pudo presagiar al Papa que este suelo no iba á ser propicio al *fanatismo religioso*. Como yo soy *racionalista pur sang*, supe aferrarme bien á la balastrada para no caer y remedar así al *bondadoso padre* de la cristianidad. Ese puentecito es un *prodigio de lo bello*, entre nosotros.

Empiezan ya á distinguirse á ambos lados del camino, los palacios de delicias: arquitectura sajona, gótica, griega: torrecillas, chapiteles, agujas: templetos, miradores, observatorios; naranjas, media-lunas, curvas chinescas, como los borcegués que le pone Goethe al *diablo*: verjeles, enrejados, cercos, *eucaliptus*: jardines gratos y silenciosos por cuyas alamedas vagan pensativas las niñas enamoradas y pesarosas de la *primer querella*, mientras que del exterior el aura las lleva prolongados rumores de un *Corso* anticipado.

II

Hé ahí la perspectiva. Vamos en busca del ideal, mejor dicho, voy al encuentro de mi sueño. Aquí no veo la *originalidad* en lo bello: todo es plágio del *buen gusto* que por lo comun sale siempre malo. El arquitecto que dirigió esa obra fastuosa con arabescos que allí veo

elevarse del seno del bosque, se inspiró mas en los detalles que en la sólida elegancia de la mansion en Oriente: aquel otro edificio es un remedo superficial del *kiosko* delicado en el que el fumador de ópio se deleita en las noches de Pekin; las agujas elegantes y graciosas que mas allá hincden los aires, son imitaciones rastreras de la estructura sajona, mientras que las torrecillas vistosas y de losas destellantes á la débil luz del sol moribundo, que se alzan á este lado, gallardas y coquetas, son repeticiones fastidiosas de la arquitectura vulgar en los pueblos latinos. Mas lejos, palacios con minaretes y agujas se levantan, presentando la desagradable *fusion* de gustos que solo ofrece á la curiosa mirada, un conjunto sin gracia por cuanto no existe *armonía* tal como se comprende en *lo bello*.

Yo no digo en absoluto que el panorama no sea delicioso; lo único que siento y enuncio es la carencia completa de *originalidad*, y por consecuencia de *gusto*. La *imitacion* la condeno yo en *lo bello*, porque desvirtua el génio de un pueblo, y lo exhibe pobrísimo de iniciativa y de inspiraciones propias.

En verdad hay arquitectos y escultores que no sabrian dar una definicion sencilla de *lo bello*, y si preguntais á una de nuestras damas qué entienden por tal palabra, os responderá con el gesto mas amable y candoroso, que es *todo lo bonito*, como por ejemplo, una esmeralda, un gilguerillo ó un *bavolet* color de lila.

A la par de las ya indicadas, hay otras arquitecturas que por su sencillez, su modestia y sus pálidas formas, son mas susceptibles de despertar el sentimiento de *lo bello*, como lo despierta la violeta música y perfumada, despues que ha soñado entre aromas embriagadoras.

Las fachadas blancas y las cornisas simples, las portadas y compartimientos de esas risueñas moradas, ofrecen un agradable paisaje, escondidas en el follage umbrío de un jardin sin recargo de artificios, pues nada hay mas *bello* que la naturaleza virgen.

Si á eso agregais la presencia de algunas jóvenes en toda la lozanía de sus años, que en sus besos apasionados parecen haber robado sus matices á las rosas y su inmensa languidez á los jazmines, podeis soñar poéticamente y á hurtadillas para que el *positivismo cruel* no se burle de vosotros y desgaje despiadado el verde retoño que en el corazon hacen crecer la esperanza y la religion del amor.

Yo no quise trasportarme á esos deliquios, y me entregué tan solo á la observacion minuciosa del panorama que se estendia á mi vista.

III

Ya el crepúsculo — la siesta del día y la madrugada de la noche — tendia su manto de indefinibles colores sobre la naturaleza rendida ; y precisamente á esa hora de plácidos encantos, el Paso del Molino era un Eliseo de placer y jolgorio.

Pero únicamente para la vista habia sido el deleite, y todavia los oidos no habian gozado escuchando algunas trovas solitarias ó cuitas ignoradas, tan apetecidas por el cronista social, murmuradas por alguna pareja dichosa en el seno de los jardines.

Dejemos pues el discordante conjunto de vehiculos y paseantes, girando en torno del puente, las citas y las querellas de carroza á calesa y de calesa á carroza, las señas y saludos significativos de los ginetes y de las damas, los emplazamientos misteriosos y las conversaciones fugaces en las paradas súbitas ; junto á las arboledas, las exclamaciones de sorpresa y los reproches de las matronas maduras cuyas ilusiones caen poco á poco como hojas de otoño, las insolencias de los lacayos y la cristiana paciencia de los faetones confundidos con las órdenes y las contra órdenes ; y penetrando en este vergel encantado que aquí veo, busquemos una aventarilla graciosa y rosada, iniciada por una pareja poética que ya desde do me hallo distingo sentada en un banco de piedra y aspirando las emanaciones de una glorieta perfumada.

Poco á poco que esto amenaza ser interesante.

Ella es una morocha de negros ojos y undosa cabellera y juega bien el abanico (señal infalible de delirio amargo en la mente). Viste de blanco y una trenza sombría como la noche cae sobre su hombro izquierdo : una rosa pálida inunda su pecho de aroma débil, y como esa rosa es así su rostro de pálido.

El jóven es un *pollito* de matizadas plumas y de espolines rosados todavia, con un pico agradable y unos ojillos bellos y lánguidos.

Hé aquí que me he introducido en el vallado. Los écos de la aventarilla llegaban ya á mí : afiné el oido, y percibí lo siguiente:

—Ahora recuerdo de unas pobres violetas que mis lábios en broma besaron para depositarlas en tu seno ¿Qué has hecho de ellas,

Brenda ? . . . ; Ah, las pobres violetas perfumadas ! Sin duda se deshojaron bajo tu elegante corpiño, sin duda por compasion las conservaste en tu seno, tan diferente al mio que esta abrasado de amor ! y luego . . . luego arrojaste tal vez, ay ! marchitas sus hojas y sin perfume, esas pobres violetas al viento del olvido ! . . . ¿ No es verdad, Brenda ? . . . Callas y suspiras ! ¿ Acaso tus quince años han sufrido ? ¿ acaso tus quince años ya han amado ?

— Ya han amado y ya han sufrido.

— Escucha, Brenda. Hoy junto á tí no sé lo que experimento. El cielo me parece mas brillante, mas fúlgida su aureola. Yo creo que tambien los astros se aman. ¿ No ves esa luz tibia de la blanca luna ? Se la dá el sol ; es su caricia mas sincera, es su beso mas cariñoso. Y ella se regocija y se sonrie, porque estos reflejos sobre la tierra son sus sonrisas inspiradas por ese beso eterno del astro-rey. Brenda, dáme un beso, yo no sé porqué estás triste. Bien sabes que yo no he amado, bien sabes que mis labios jamás te dijeron el lenguaje del corazon. Hoy tú eres mi diosa. ¡ Ay ! si tú no me amaras yo te amaria siempre ! Pero ¿ por qué no hablas ? ¿ por qué está triste tu frente pálida ? Responde dulce amiga, yo te escucho, yo derramaré á tus plantas las aromas de mi alma en las horas de delirio ; poetiza los pensiles con el murmullo de tu acento y despues, arrebataré sus cantos á las aves para inmortalizar tu amor.

(Era este indudablemente un discípulo de Lamartine ; *pollito elegante* y de garbo, crispando las plumas y abriendo dulcemente el piquillo. Pero oigamos á la pollita - enferma.)

— ¡ Ay, amigo mio ! mas infortunada que tú no puedo amar. En mis alegres dias el paraíso parecia entreabrirse y enviarme con sus aves el símbolo de la dorada juventud ; y en aquel entonces que no volverá jamas, un hombre robóme el corazon y me besó en el alma. ¡ Ah ! que candente aquel beso fuera ! Secó la ilusion hermosa y rozando mi conciencia como un hálito de fuego, convirtió mi pecho en volcan aquel beso querido ! ¿ Cómo pudiera amarte amigo mio, si mis sentimientos todos perdieron su brillo como la triste flor cuyos pétalos empalidecieron por el beso impúdico de las auras ?

(Ved aquí que hallo por fin, la *religion del amor*, bien cultivada. Brenda . . . ¿ quién será ella ?)

— ¡Ah! amigo querido! ¿Qué sucede al avecilla cuyas alitas se humedecieron á la orilla del torrente rodando en irascibles espumas? ¿qué al cisne cuyo canto empieza á esparcirse como écos de una arpa quejumbrosa en los estanques encantados? ¿qué á la *mimosa* cuyos matices se perdieron en los helechos arborescentes de las selvas virgenes?

Oye á tu vez mis sollozos. Tengo el alma entristecida: la enfermedad de amor es lúgubre. Lo único que la cura es la palabra del hombre amado; todo lo demás es noche de delirio. Si el amor es una transfiguración, yo debo parecerme un fantasma de lo que hace un año fui: ¡cadáver en vida velado por la última esperanza! ¿Para qué quieres mi corazón ulcerado? ¿para qué mi alma sin luz, mis labios sin miel, mis ojos sin destellos, mi fantasía sin ideal? Parecería en tus brazos un cuerpo yerto!

(¿Es una muger la que habla? Si! ¡qué sinceridad! ¡que amargura! ¡qué sentimiento! No hay duda: he encontrado el tipo del verdadero amor y no todo ha de ser mentira entre nosotros. ¿Quién será ella? Escuchemos: ahora habla él:)

— Oh!, no! Yo renovaría ese corazón, daríale la sávia de mis venas! . . . yo encendería en tu alma el fanal de la dicha y transportaría á tus labios áridos toda la fiebre que me devora. yo arrancaría á mis ojos la luz para dársela á tus ojos y deshojaría las flores de mi ideal para convertir en feliz sueño tu helada fantasía!

— Amigo, tú deliras. Hay una historia muy triste, — la historia de una poetisa, *Antonieta de Bel-caire*: ¿La conoces tú? Ella murió de amor: cuando cantaba en su enlutada lira, decía:

« ¡Pobrecita de mí! nunca mis labios probaron miel que no fuese amargura: — siempre he visto nubes en el azul del cielo; — siempre he visto la dicha al lado de la tristeza; — y he aprendido á conocer que la cuna del amor es á veces la tumba. »

Así yo digo; ¡pobrecita de mí! nunca mis ojos cesarán de llorar: — he sentido la brisa de otoño que arrastraba las hojas; — he sentido volar la hoja verde de mi esperanza — y he comprendido el infierno de sufrir. Tú me ofreces los bálsamos de un cariño que solo penetrará mi corazón de reconocimiento

(En ese instante una barahunda infernal de carruajes y ginetes, muy

parecida á la zambra de los demonios de que habla el poeta clásico, vino á sofocar la interesante conversacion : el crepúsculo morfa y los paseantes volvian á toda brida á Montevideo. Cinco minutos duró aquel bullicio malhadado, y cuando de nuevo reinó el silencio, pude recoger las vagas y perdidas notas de los dos soñadores).

—Solo una vez supe lo que era amar. Vivía yo en medio del gran mundo, como esa pobre violeta de que tú hablabas en medio de céspedes y flores. El placer vertiginoso de los bailes no absorbía del todo mi espíritu sensible : desconocía las impresiones de las heroínas de Lamartine, pero tampoco me era dado entregarlo intacto á esas emociones volcánicas que abrasan y consumen las esperanzas mas secretas de la vida. Pero yo tambien, sensitiva humilde, me postré á la religion del amor. Y el infortunio posó sobre mi alma desalada, una de esas negras nubes que hacen llorar.

—¡ Oh, Brenda ! ¿ es que tú no me amas ? Si así no fuera, triste de mí, que ansiando gloria destrozara entónces el ideal que me alimenta y convirtiera en muerto sueño la ilusion querida ! . . . Yo siento ahora tu voz como melodía sin fin, mi amor hácia tí es adoracion delirante que no hace daño al alma. El se reasume en estas palabras del lírico : « límpidas y cristalinas purezas. Horas enteramente blancas ; casi todas iguales. Este género de amores es una coleccion de hojas de azucena y de plumas de paloma. » ¿ Crées tú que así se pudiera amarte ? Entónces entreabre tus lábios de rosas pálidas para que yo deposite un beso que los torne en púrpura.

—No, desgraciado amigo : mis lábios están frios y apagarían tu fuego.

—Muéstrame tu alma para que yo la inunde de alegría.

—Ella está triste y contaminaría tu gozo.

—Amáme un poquito . . . siquiera !

—Trataré de amarte si tú me consuelas en mi desolador jécur !

—¡ Gracias ! Brenda, dame un beso . . .

(En este momento tan apremiante y .. magnífico, una segunda oleada de coches, trenes, carros y bridones atravesó la vía como el huracan, y el final de tan misteriosa escena, se ahogó en el clamor confuso de los paseantes ! Como el tránsito de la concurrencia se hacía interminable, me alejé del sitio desde donde habia escuchado tan bonitas cosas, repitiendo siempre en mi interior : ¿ Quien es ella ?

IV

Pues bien lector amable: tan grata conversacion me sugirió varios pensamientos que voy á llevar á la práctica. Ellos consisten en indagar en dos ó tres artículos (no os asusteis que no serán muy largos), si entre nosotros existe la *religion del amor*, si se estima *lo bello* y si Montevideo posee *ideal*. ¿No os agradan esas tres cuestiones tan originales? Pues si estais dispuesto á escucharme, las iniciaré á la brevedad posible, advirtiéndoos que al bello-sexo, sobre todo ván dedicados, aunque me amenace con un *manteo de tontillos y abanicazos*. Aguardad pues.

Esto pensando, acerté á alcanzar un tren felizmente detenido por algunos transeuntes. Eran las ocho de la noche, noche plácida y serena cuajada de estrellas, y en cuyas sombras pálidas parecian concentrarse todas las gratas emanaciones y deleitosos efluvios de las flores. El lento y pausado trote de las cabalgatas, el rodar sordo é indefinido de los coches, las campanillas y tiros de los trenes de carrera, formaban un concierto discordante con la expansiva alegría del pueblo. A esa hora se abandonan las posiciones forzadas y las vanidades *violentas*; las tinieblas convidan á la naturalidad y arrancan su máscara á los rostros.

En las carrozas, las damas se reclinan indolentemente en los almohadones, dejan sus bucles al juguete del viento, y no se preocupan de disipar sus cavilaciones, ni de deshacer los arrugas del elegante vestido, ni de estirar hasta el *infinito* las guantes de *Jourin*. En la sombra de cualquier modo se está interesante. Por su parte, los apuestos ginetes de la tarde, pierden en la noche su gallardia, colgando las piernas junto á los arzones, agobiada la espalda y muchas veces inclinados hacia un flanco por el escozor mortificante de la silla, sin que sus espolinos se guarden bien de herir los hijares de sus fogosos bridones en sosiego ya, por la mansedumbre de los amos.

Así volvimos á la ciudad: el teatro invita á las damas á un nuevo solaz, Stefani canta; al notar la priesa con que bajaban la *Agraciada*, recordé oportunamente aquellos versos del cantor de Beatriz:

Cual palomas que al nido son llamadas,
Tendida y firme el ála, por el viento

Surcando ván, de su querer llevadas;

Así dejaron al tropel de Dido,

A nos viniendo por la niebla oscura:

¡Tanto cara el reclamo les ha sido!

Aquí pongo punto final, lectora. Si este artículo te ha dado *grima*, espera el segundo, y *reaccionará* tu espíritu contra sus primeros impulsos de antipatía hácia

EDUARDO

Febrero 7 de 1873.

El « Club Universitario » y « El Demócrata »

Con placer hemos leído el artículo que *El Demócrata* dedica á nuestro Semanario en su número del 12 del corriente. Nos complace altamente que la prensa abandone por un momento el campo ardiente de la política militante, para ocuparse de los intereses de la juventud estudiosa y para indicarle las faltas que comete con la noble intención de que se corrija y de que aparezca entre las demas naciones civilizadas en el rango á que se ha hecho acreedora por sus esfuerzos.

Estamos de acuerdo con el cólega en el poco interés que tiene nuestra publicación de algunos meses á esta parte. Pero, como nos encontramos estrechamente vinculados con *El Club Universitario* y podemos conocer de cerca las causas que motivan esa falta de interés, nos creemos en el deber de hacerlas conocer, convencidos de que ellas harán palpable la inculpabilidad de sus colaboradores.

Los colaboradores del *Club Universitario* son en su mayor parte estudiantes. Las tareas del aula son demasiado pesadas para que pueda exigirse en épocas de vacaciones el trabajo asiduo. El espíritu se fatiga, el cuerpo se debilita y uno y otro reclaman descanso para poder de nuevo dedicarse á la labor fecunda del estudio. Comprenderíamos las recriminaciones del cólega, si se dirigieran á individuos que por haber terminado sus estudios se encontrasen en aptitudes para sin grandes esfuerzos, llenar con sus bellas producciones las páginas de nuestro humilde periódico. Pero, solamente podemos atribuir á falta de antecedentes, esas recriminaciones dirigidas a es-

tudiantes que apenas han tenido tiempo para reponer sus fuerzas, escesivamente debilitadas en nueve meses de continuo trabajo.

El Club Universitario, de que es órgano este periódico, se resiente tambien de la época y vemos que sus sesiones actuales no son ni un pálido reflejo de aquellos debates religiosos que atraian á gran parte de la poblacion de Montevideo y en los que la juventud uruguaya se mostraba enérgica y elocuente sosteniendo la santa causa de la conciencia invariable de la razon libérrima, así como tambien los mas puros principios de la democracia.

Hemos presenciado debates importantes. Hemos asistido á sesiones de un interes latente. Hemos escuchado desde nuestros humildes bancos la palabra autorizada de Cominges, de Honoré y de Barrial Posada en las ciencias naturales, la voz simpática de Thomson sosteniendo los dogmas del Cristianismo y hemos descubierto la energia y la elocuencia de la verdad en la palabra de Arechaga, De-Maria, Pena, Gil y otros, sosteniendo los dogmas de la santa religion del porvenir, cuya propaganda en América ha hecho el renombre de nuestro inmortal Bilbao.

Hoy sin embargo, El Club Universitario es citado y no puede celebrar sesion por falta de número. Hoy, sin embargo, la Secretaría de esa asociacion que antes se encontraba llena de interesantes tesis para ocupar un regular número de sesiones, no tiene una sola que pueda servirle de tema para el debate de una noche. ¿A qué debe atribuirse esto? ¿A una desidia criminal por parte de sus socios? No, esto debe atribuirse á la agitacion natural en los momentos por que atraviesa el pais; esto debe atribuirse, no á la falta de descos pero sí á la falta de fuerzas para emprender esas tareas, muy fáciles á los que miran desde lejos, pero muy árduas para los que se encuentran en ellas.

•Pues bien, las mismas causas que motivan la tibieza de las sesiones del Club Universitario, hacen que su periódico carezca de interés. Nuestros colaboradores se engolfan en el desenvolvimiento de los acontecimientos políticos que pueden influir grandemente en la marcha de sus estudios y entonces el espíritu no está dispuesto á elevarse á la region tranquila de la ciencia. Nuestros colaboradores de la seccion poética se inspiran en sus afecciones políticas y rara vez produ-

cen una composicion que pueda ver la luz en las páginas de nuestro periódico y dentro del círculo de su programa.

No faltan temas sobre qué escribir. No carecen de ideas para desarrollar los colaboradores del periódico. Pero faltan fuerzas y sus espíritus están justamente preocupados por otra clase de interés.

Se admira *El Demócrata* de que *El Club Universitario* no haya llenado alguna, de sus páginas con artículos que se ocupasen del concurso de Derecho Civil y Comercial. Francamente nos estraña esa apreciacion. Los estudiantes estaban interesados en la solucion de esa cuestion y para eso necesitaban agitarla diariamente sin pérdida de tiempo. No podian esperar una semana, porque las esplosiones espontáneas de la conciencia no deben contenerse. Hubiese estado fuera de tiempo un artículo que se ocupase del concurso y que hubiese tenido que publicarse en el número de hoy. Era necesario hacer conocer las opiniones de los estudiantes antes que el Consejo Universitario tomase una resolucion definitiva, porque habia necesidad de preparar los ánimos y de hacer conocer ciertos hechos que influirían notablemente en la resolucion que se adoptase. Por eso *El Club Universitario* no ha publicado mas que un artículo diciendo que deseaba y auguraba el triunfo al Dr. D. Domingo Aramburú.

Ahora esplicaremos al colega lo que él llama en nosotros *mania de sintetizar*. Como debe comprender perfectamente el articulista del *Demócrata*, es imposible la síntesis sin haber antes practicado el análisis. Es verdaderamente pesado, árido y desprovisto de interés un artículo esencialmente analítico, pues no hay necesidad de hacer conocer los componentes indispensables de la síntesis que se presenta formada. Cuando esa síntesis es combatida, cuando se niegan las premisas en que se funda, es entonces que debe entrarse á practicar el análisis para probar la verdad de esas premisas y para hacer conocer los fundamentos de esa síntesis.

Todas estas apreciaciones no tienen por objeto sincerar por completo á la Comision Censora y Redactora del periódico y si solamente manifestar los inconvenientes con que tiene que luchar para hacer aparecer en *El Club Universitario*, composiciones inéditas y para encontrar artículos de colaboracion que puedan interesar á nuestro público indiferente. La poca proteccion con que cuenta *El Club Universitario*,

hace que muchos de sus colaboradores desmayen. Porque, á la verdad, es muy triste escribir y devanarse los sesos con el objeto de hacerlo medianamente, cuando se abriga la conviccion de que esas producciones no son leidas mas que por 15 ó 20 compa \tilde{n} eros, siendo miradas con frialdad por el mayor n \acute{u} mero.

La mision de nuestro peri \acute{o} dico es grande, porque tiene que calentar el frio corazon de nuestra sociedad, porque tiene que desterrar preocupaciones arraigadas, porque tiene que hacer ver á muchos espíritus que la políftica no es el único campo donde puede ejercitarse la inteligencia humana; porque tiene que despertar en nuestra sociedad el amor á la ciencia y á la literatura, sentimiento que permanece acallado por las turbulencias y agitaciones de estos últimos tiempos.

Creemos, pues, que no son responsables los colaboradores del *Club Universitario* por la falta de interes que se nota en esa publicacion.

Aconsejamos á la Comision Censora que destierre de sus *Hojas sueltas* esos chascarrillos tontos é impropios de un peri \acute{o} dico como el nuestro y le pedimos encarecidamente que se lije mucho al hacer uso de la tijera y que se tomen el trabajo de escribir sus miembros cuando carezcan de materiales.

Pero tambien, ya que la ocasion se presenta, reciminamos seriamente á nuestra sociedad que no demuestra interés alguno por conocer las ideas que bullen en la mente de nuestra juventud y por sentir los latidos de su entusiasta corazon.

Dispense *El Demócrata* estas apreciaciones y crea que ellas han sido dictadas en el interés de que sea un poco mas justiciero en sus ataques y con el objeto de salvar en mucha parte la responsabilidad que recae sobre nosotros.

Un colaborador.

NOTICIA BIOGRAFICA

Y EXAMEN DE LAS POESIAS

DEL PRESBITERO D. JUAN AROLAS

El día 20 de Junio de 1805 nació en Barcelona el celebrado poeta Arolas de una acomodada familia del comercio de aquella capital. Allí corrieron los nueve primeros años de su infancia, hasta que en 1814 se trasladó á Valencia en compañía de su padre, que se estableció en ella por efecto de sus operaciones mercantiles. Estudió en las Escuelas Pías la gramática latina, manifestando desde luego una tan decidida vocacion por el estado relijioso, que en vano procuraron combatir la sus padres, haciéndole presente las graves consecuencias de su resolucion. Firme siempre en su idea, se trasladó á Peralta de la Sal, punto que le fué destinado para cumplir los dos años de noviciado que la regla de los Escolapios ordena; y adonde se entregó con tanto ardor al estudio de los autores clásicos y sagrados, que sus maestros se vieron mas de una vez obligados á esconderle los libros, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, para templar el ardoroso afan de ciencia que lo devoraba.

En esos dos años de prueba; en esos años en que su ardiente imaginacion, escitada por la soledad, y enardecida por un alma de fuego, necesitaba mas aire, mas espacio que el que podía ofrecerle la monótona vida monacal, y el aspecto de un pueblo de sencillísimas costumbres, compuso sus primeros ensayos poéticos. No nos permitiremos descorrer el velo que encubre el lacerado corazon del jóven Arolas en aquella época para él de amorosas y ardientes illusiones: no buscaremos en las vivas imágenes y delirante lenguaje de aquellas versos, el misterio de su retiro; ni profanaremos el secreto de su alma, y el casto amor de sus primeros años. El *Libro de amores*; las *Poesías pastoriles*, y las *Cartas amatorias*, son tres tomos escritos con una pluma que destila amorosos pensamientos, ideados con una imaginacion llena de entusiasmo febril, y con un corazon exhalando desde su infancia los ayes de amargas y enérgicas pasiones. El arpa de Ossian era el con-

suelo de su existencia, su único amigo, su familia: él lo confiesa cuando dice:

En medio de las sombras del espanto
Que rodean la vida, en sus abrojos,
Dos dichas nos concede el cielo santo;
La lira, y la mirada de unos ojos,
Que son todo mi encanto.

La poesía y el amor; hé aquí los dos poderosos agentes del corazón del malogrado poeta que nos ocupa: ¡cantar! ¡cantar los grandes hechos! ¡cantar á la naturaleza, á Dios, á las pasiones! ¡Amar! ¡amar al Sér supremo, al hombre, al campo, á la flor! ¡Cantar, amar y morir! hé aquí el secreto de su vida, la historia de su alma.

Las *Cartas amatorias* están escritas con una dulcísima entonacion, que revela la melancólica esperanza y los dorados ensueños en que se mecía el corazón de su autor.

Las *Poesías pastoriles* respiran la naturalidad y sencillez de Jáuregui, sazónada con la miel de Melendez. Son dulces y fáciles como la *Aminta* del Tasso.

El *Libro de amores*, que dice ser una traduccion, contiene 15 capítulos en prosa, á los que ha dado el autor el título de *Besos*. El alma dominó á la cabeza en estas composiciones voluptuosas y ácras, como llama Saint-Preux al beso de Julia: el corazón del novicio rompía con sus ardientes latidos el negro sayal de Calasanz: la edad triunfaba de la razon; el poeta del hombre.

El día 23 de Agosto de 1821 profesó, y pronunció sus votos al pié de los altares, dedicándose al estudio de la filosofía y de la teología, hasta el mes de Octubre de 1825, en que se encargó de las cátedras de sintáxis y rudimentos de latinidad, que estuvo esplicando á los alumnos de la Escuela Pía hasta el año de 1842.

Durante estos catorce años, la poética imaginacion de Arolas acabó de remontar su vuelo, robustecida con el estudio, é inflamada por la meditacion. Escribió, borró, volvió á escribir, limitando su ambicion literaria á merecer el aplauso de sus amigos; hasta que, impulsado por estos, fundó en 1833 en union con su compañero de religion Don Pascual Perez, el *Diario Mercantil* de Valencia. Escribió en él algunos artículos en prosa; pero desengañado de que su vocacion no era esa,

se dedicó exclusivamente al folletín, que enriqueció con un millon de bellisimas poesías, copiadas y celebradas por toda la prensa española, y de las que nos ocuparemos con alguna detencion.

La época por que ha tenido que atravesar Arolas ha sido una época vaga, incierta, indefinible para nuestra poesía, al revés que las anteriores, en las cuales se advierte un carácter mas vivo, y un reflejo de la civilizacion que domina en ellos. La poesía castellana, aunque informe, fué épica en su cuna; porque la epopeya era una necesidad en aquellos días heróicos; y en el siglo XVI se convirtió en erudita y galante, adoptando los nuevos elementos y bases sobre que iba á reformarse la civilizacion de los pueblos. En el día nuestra poesía, lejos de tener un carácter fijo, se ajita en un caos sin creencias, sin brújula, y trabajada como la politica por las ideas mas contradictorias, relajado el gusto; y desdeñado el estudio indispensable de los clásicos, la fraseologia suple á la erudicion, y la osadia á la ciencia. Y no se crea que neguemos la existencia de poetas modernos llenos de inspiracion y de jenio; pero el número es escaso, y casi se pierde entre el vocinglear de esos plajiarios ó rimadores, que á fuerza de hablar en un tono y en un idioma nuevos, han logrado encontrar admiradores, justificando la célebre sentencia de Boileau: *Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire*. A esta causa mas que á otra alguna debe atribuirse el que no resuenen como debieran los nombres de jóvenes llenos de tanta modestia como talento, y poetas tan nobles y dignos de llamar la atencion de la moderna España literaria, como el presbítero D. Juan Arolas, este poeta, que en medio de la corrupcion y del mal gusto, se ha conservado casi siempre en el buen camino, quedando sano y salvo del contagio, como la paloma del diluvio.

Háse dicho mas de una vez, y con razon, que el alma del poeta se descubre casi siempre en sus cantos. Los del P. Arolas son el espejo de su corazon, y el eco de su fantasia siempre exaltada y ardiente. En vano ha pretendido descender al terreno de las cosas ó de las pasiones mezquinas; en vano ha acudido á su gran talento para cantar á un hecho vulgar: su lira ha desentonado; su imaginacion se ha secado; la pluma ha caido sobre el papel como una mano de hierro. ¿Ha querido, por el contrario, elevarse hasta el Hacedor, y reconocerlo y adorarlo ante la sublimidad de sus obras? ¿ha querido penetrar en los

alcázares de Oriente, y bosquejar sus riquísimas pedrerías y hermosísimas sultanas? ¿ha querido atravesar los siglos pasados, y bosquejar los altos hechos y esclarecidos nombres de que están sembrados? ¿ha querido pintar un amor profundo, ardiente, inmenso? Su imaginación ha aparecido rica de ideas y de brillantes galas; su pluma ha corrido menos veloz que el pensamiento; y el público, al leer esas poesías, ha podido contar los látidos de amor, de orgullo ó de entusiasmo que ha dado el corazón del poeta al escribirlas.

Las poesías de Arolas pueden dividirse en caballerescas, religiosas, orientales y amorosas; pues si bien es cierto que ha escrito algunas por efecto de acontecimientos políticos, ni este es el género que más le agradaba, ni se han elevado á una altura digna de fijar la pública atención.

Costumbre ha sido en estos tiempos, y costumbre debida á los delirios del romanticismo, empeñarse en escribir la historia de nuestros castillos feudales, las tradiciones de nuestras ciudades, y las hazañas de los casi fabulosos paladines de la edad media; pero bien analizados estos trabajos, solo se encuentran inexactos recuerdos y falta de conocimiento y de erudición para juzgar y hablar de los usos, de las artes, del lenguaje de aquella sociedad. El P. Arolas ha salvado estos escollos, y en multitud de bellísimas poesías, en que ha descrito ora á nuestros trovadores provenzales, ora al justiciero D. Pedro de Castilla; bien aquellos ardientes amores, ó aquellos caballerescos ceremoniales, ha guardado la fidelidad histórica, ha descrito en aquella habla, y ha sazonado sus leyendas con un sabor tan adecuado, que transporta al lector, y por decirlo mejor, lo identifica con aquellos tiempos y aquellos hombres. En donde especialmente resalta el mérito de estas poesías, haciendo olvidar la incorrección que se nota en algunas, es cuando describe á sus personajes.

Hablando del rey D. Pedro, dice:

Ostenta rojo y guarnecido manto,
Y rica toca, cuya pluma inquieta,
Mecida al aura de nocturno espanto,
Con broches de diamante se sujeta.

En el cinto se ve una daga fuerte,
Que en lindo pomo juegos mil retrata;

Obra prolija de lijera muerte,
Desnuda brilla, y deslumbrando mata.

¿Quién será tan apuesto caballero?
Bien lo dice el crugir de su rocilla
Siempre que mueve el pié tardo ó ligero:
Es don Pedro el Cruel, rey de Castilla.

Hablando del caballo del rey D. Sancho:

Monta el rey un alazan,
Cuyas crines prolongadas,
Parece que á besar van
Las estriberas doradas
Do los régios piés están.

Lleva pretal de cadena,
De malla los paramentos,
Su ferrado caeco suena,
Bebe los helados vientos,
Y ellos rizan su melena.

La misma facilidad en la versificación, la misma frescura de las ideas, el mismo buen uso de los adjetivos, se notan en sus otras composiciones á *Felipe II*, á *Florinda*, á *Blanca de Borbon*, y otras infinitas que ha escrito de este género, y de las cuales no pocas pueden competir con los célebres romances del duque de Rivas.

(Continuará)